



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 49 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 26.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO:

Un problema social, por D.<sup>a</sup> Adela Sanchez Cantos.—A.... en el dia de su profesion, poesia, por D. Francisco Diaz Carmona.—Una herencia de llanto, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—A Maria, poesia.—Solo un Dios y solo un culto, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

### UN PROBLEMA SOCIAL.

Hace tiempo que se viene agitando en la prensa, en el libro, entre las gentes de letras y personas ilustradas, una cuestion de vital interés para la sociedad, para la familia, para la individualidad; una cuestion de la cual depende el porvenir de las futuras generaciones, y que puede torcer el curso de la sociedad: ¿Es conveniente, es justa la emancipacion de la mujer? Hé aquí el problema; problema de difícil solucion por las mil encontradas opiniones que se emiten, y que es preciso resolver de una manera clara y precisa, para desvanecer el error de algunos soñadores y afirmar el juicio de la mujer, presentándola la verdad con toda su augusta majestad, libre de trabas y nebulosidades. Todos dan su opinion, unos en pró, otros en contra; y aun-

que la nuestra nada vale. porque ni aún tenemos la experiencia que dan los años. en el mero hecho de sostener en la mano la pluma, nos creemos en la obligacion de emitirla. pues siendo así que del choque de las ideas brota la luz, seria criminal displicencia ocultar las primeras, evitando que se hiciera la segunda en un asunto que creemos de tanta importancia. Me anima, además, á hacerlo el pertenecer á ese sexo que unos quieren elevar hasta una altura que le dé vértigo y haga rodar mas hondo, y otros rebajar hasta humillarlo y escarnecerlo.

Hablemos, pues, en el periódico, que es lo que hoy mas se lee; coloquémonos entre uno y otro extremo, y demos con firmeza nuestras razones para despreciar á los que rebajarnos intentan, y no seguir la senda de aquellos que, con su galante exaltacion, podrian perjudicarnos.

¿Es conveniente la completa emancipacion de la mujer? volvemos á preguntar.

Es un absurdo, decimos con toda seguridad, á la faz del siglo XIX, y á despecho de los modernos filósofos. Que la mujer es igual al hombre en inteligencia, no admite duda; es una verdad palpable para quien conozca las obras de tantas y tantas mujeres célebres que en nues-



tra patria y fuera de ella han sabido conquistarse envidiable renombre; no hay, por tanto, necesidad de asegurar que puede seguir una carrera con tanto aprovechamiento como el hombre, y no tratamos de negarlo; la mujer puede, pero no debe hacerlo. ¿Por qué? ¡Ah! las razones nos sobran, y aunque llenemos muchas cuartillas no las expondremos todas.

La mujer no debe hacer el genero de vida que el hombre, porque á ello se oponen conveniencias de sociedad, el interés de la familia, su augusta mision de esposa y madre, su propia dignidad, expuesta á mil eventualidades. Concretémos. Vamos á figurarnos á la mujer como algunos la quieren, con completa independencia, siendo unas médicos, otras abogados, ingenieros, abrazando, en fin, las distintas carreras que el Estado ofrece; pasaremos por alto los peligros á que se verian expuestas, porque mi edad no me permite alzar ciertos velos, tras los cuales caminaria á ciegas; el lector adiyinará estos peligros, y no podrá menos de decir como yo que, aún cuando es cierto que la propia voluntad de la mujer es la mejor defensa, también lo es, que quien quita la ocasion quita el peligro, segun afirma un antiguo refran; dejaremos asimismo á un lado otros mil inconvenientes, y detengámonos en lo contrario que seria su emancipacion á la mision que ha de cumplir sobre la tierra.

La mujer emancipada, la mujer libre como el hombre, se casaria indudablemente, á no ser que volviera también la espalda á la moralidad y la religion; suponemos lo primero; se casaria, y tras el casamiento vendrian como en todos tiempos los ángeles bellos que forman el ornato y la alegría del hogar, la esperanza halagadora de los que la vida les dieron: ¿y quereis decirme si esa mujer que habia de pasar el dia junto á los enfermos, en la cátedra, en la tribuna ó el foro, podria amamantar á su hijo, que es su primera obligacion? Ó se veria obligada á llevar siempre detrás al pobre ángel y á interrumpir en el mejor período su peroracion para recordar que era mujer y madre al oír el llanto amargo de su hijo, ó habria de renunciar al placer de darle el sustento, placer que debe ser el mas santo de una madre, y entregarlo á una mujer desconocida, á una nodriza que lo cuidaría ó no, segun su antojo.

Lo primero seria ridiculo; el segundo partido aceptaria sin vacilar, y aquí vemos ya que empezaria abandonándolo desde el momento de nacer; y aún no es este el mayor mal. Conforme el tiempo avanza, los niños crecerian, viendo en sus padres dos huéspedes que iban á comer y á dormir; crecerian sin el calor del hogar, sin la

influencia del cariño paternal, sin la luz que en sus tiernas inteligencias debia verter la experiencia de aquellos que les dieron la vida material y les niegan la vida intelectual; y llegada la edad en que el varon necesita que los amantes consejos de la madre lo fortifique para las mil contrariedades de la vida, en que necesita saber rezar y admirar á Dios para no recurrir al cañon de una pistola á la primera amargura que experimente; y la niña reclama con urgencia la compañía constante, la invariable solicitud de la mujer á quien Dios ha dado la obligacion de velar por ella, y aguarda las máximas saludables á su edad precisas, como la tierna flor espera con su capullo entreabierto el beso cariñoso del vivificante rocío: uno y otro carecian de consejos y direccion, de las caricias y dulce enseñanza de la madre, porque ésta, entregada con alma y vida á las perentorias ocupaciones de su cargo público, apenas tendria tiempo para preguntar á las personas extrañas encargadas de darles la educacion superficial de los colegios, si sus hijos iban bien ó mal; y llegarían á la época en que el niño se convierte en hombre y la niña en mujer, sin tener á sus padres ese cariño entrañable del continuo trato, sin abrigar los sentimientos religiosos que la madre siembra en la infancia, que tan hondas raices echan que duran toda la vida, consuelan todas las amarguras y resisten los golpes de la adversa fortuna: sin conocer, en fin, los nobles impulsos que engrandecen el alma y elevan el pensamiento hasta donde no llegan las miserias de la vida.

Ahora bien, consultad vuestra conciencia y decidme: ¿creeis que los niños en tal manera educados, en tal abandono crecidos, sin sentimientos, sin creencias ni virtudes, formarían una generacion capaz de quitar de la sociedad las manchas que hoy la afean, los vicios que todos lamentamos?

¡Oh! no, imposible: sabrian enturbiarla mas y mas; pero limpiarla del lodo que la oscurece no, porque solo con la sana razon y el auxilio de la religion se logra vencer las humanas pasiones; y si una y otra falta, es indudable que el hombre será una fiera indomable, y la sociedad un torbellino que irá á estrellarse en el abismo de todos los vicios.

Hé aquí justificada mi primera opinion de que de esta cuestion depende la suerte de las futuras generaciones.

No hacemos mencion de los otros infinitos deberes y pequeñas obligaciones que la mujer tiene dentro del hogar, que no por ser pequeñas carecen de importancia, porque habiendo causas tan justas y de tan inmensa trascendencia



como las que llevamos expuestas, ¿á qué recurrir á las que por ser tan vulgares á todos ocurren?

Bien sé que los modernos filósofos, pretendidos reformadores de la sociedad, sacan en seguida el ejemplo de los Estados-Unidos; allí hay completa libertad para la mujer, es cierto, pero también lo es que las familias que sigan la nueva escuela, darán los mismos desdichados frutos que hemos señalado.

Además de esto, aunque en otras naciones suceda lo que sucediere, no hay que compararla con la nuestra; España no puede ser copia de nadie, porque somos especiales, porque tenemos otro carácter, otro temperamento, otra sangre, otro modo de ser, que ni puede imitar ni ser imitada; así se explica que cuantas reformas se han tomado del extranjero han producido mal efecto, y la mayor parte no se han aclimatado; así se explica que en otras naciones haya costumbres que aquí no existirán jamás. Tal es la libertad que en Inglaterra tiene la mujer soltera para entrar y salir sola, para viajar y divertirse en compañía de un amigo, que muchos sacan también por ejemplo, y á esto debemos decir que allí favorece á la mujer ante todo las leyes, despues el temperamento y hasta el clima que tanto influye en el ánimo. Las leyes, porque á la menor indicación de una mujer ofendida, el ofensor se encuentra bajo la mano de la autoridad, que le obliga lo menos á sufrir una fuerte multa, lo que hace que el hombre la trate siempre con el mayor respeto; y el temperamento, porque aun cuando en España se pusiera multa sobre multa, no habria dinero bastante ni castigo capaz de contener al insensato en el momento que se hallara obcecado y ciego: quitad á la mujer española el fluido de sus ojos, apagad en el hombre el ímpetu de sus ardientes pasiones, dadnos leyes cual las inglesas, y entonces podremos tomar sus costumbres.

Entretanto cesad de sacar ejemplos que de nada sirven, y dejad que sigamos viviendo la vida del hogar, siendo en los primeros años consuelo de los padres, en los demás guía de los hijos y consejera del esposo.

¿Quereis, pues, me preguntarán tras esto, que la mujer española siga en la crasa ignorancia que en general se encuentra? No, y mil veces no; de la ilustracion de la mujer depende que marche bien ó no la máquina social, y este extremo es tan perjudicial como el otro.

Ya hemos dicho que la mujer debe ser el primero, el principal maestro de sus hijos, el único mientras se encuentren en esa tierna edad en que hay que irles inculcando las ideas con gran

cuidado, con dulzura suma para que el estudio no fatigue sus débiles inteligencias y se les haga odioso; y mal puede mostrarles las grandezas del Dios que creó al mundo si no las alcanza á comprender, y menos hacerles conocer los misterios de nuestra sublime religion no sabiendo mas que rezar por rutina.

Enseñad á la mujer y tendremos buenos ciudadanos, han dicho varios hombres de letras y de Estado. La instruccion de la mujer debe ser completa, no limitarse á superficialidades, dice el ilustre monseñor Dupanloup. De la instruccion de la mujer depende, en primer término, la regeneracion de la sociedad, decimos nosotros, pues que es bien probada la influencia que sobre el hombre tiene. Instruid, si, á vuestras hijas, padres de familia, si quereis hacerlas felices y agradables á cuantos las rodean; que el estudio es el alimento del alma y el antídoto de las ideas frívolas que tanto daño hacen á nuestro sexo; dadlas todos los mas profundos conocimientos que podáis y que su imaginacion abarque sin trabajo; que sean instruidas sin salir del hogar; y dedicando al estudio los ratos de ocio y esparcimiento y algunos de los que fueran á emplear en bailes y reuniones, que el aprender es al fin un esparcimiento del espíritu.

Y vosotras, mis jóvenes lectoras, si quereis desahogar vuestra ardiente imaginación y aprovechar la inspiracion que abrasa vuestra frente, tomad la pluma ó el pincel, la lira ó el arpa, que las artes están abiertas para vosotras sin abandonar vuestra casa y vuestros deberes, sin dejar de ser mujer antes que escritora, pintora ó música: probad que si es una locura querer haceros aceptar la vida del hombre, es necedad asegurar que no servís mas que para trabajos mecánicos. Nuestro pensamiento es tan gigante como el del hombre y puede volar hasta donde el suyo; nuestro ser es mas débil y se debe sujetar á las trabas que la sociedad le ha impuesto. Tal es en concreto mi opinion.

Adela Sanchez Cantos.

Á.....

EN EL DIA DE SU PROFESION.

Lágrimas de sentimiento  
y de plácida ternura,  
revelan vuestra ventura,  
expresan vuestro tormento.  
Ay! que á su nido al tornar  
la paloma ausente antes,  
descansa breves instantes  
para volver á volar.  
¿Á dónde? con tierno anhelo



síguela ya el alma ansiosa....  
 ¡Vedla como no reposa  
 hasta esconderse en el cielo!  
 Allí su nido inmortal,  
 allí el descanso anhelado,  
 prepárale enamorado  
 el esposo celestial.  
 Desde allí con tierno acento  
 la expresa su dulce amor,  
 «¡Ven! le dice, eres la flor  
 que perfumé con mi aliento.  
 Ven á mi oculta morada  
 la sien de rosas ceñida,  
 ven, de amor enardecida,  
 ven misteriosa y callada.  
 Que ya la brisa murmura  
 entre los bosques amenos,  
 y árboles de frutos llenos  
 nos brindan sombra y frescura;  
 y allí amoroso y risueño  
 te coronaré con flores,  
 te embriagaré en mis amores  
 y vigilaré tu sueño.  
 Ya tu plácida belleza  
 disfrutar mi pecho ansía;  
 ven á mi seno, eres mía,  
 reclina en él tu cabeza.  
 Y cuando la noche oscura  
 tu frente cubra mortal,  
 sol de fulgor celestial  
 para tí seré en la altura.»  
 ¡Ah! torna, torna á tu nido  
 paloma, en presta carrera,  
 torna hácia donde te espera  
 tu esposo de amor herido.  
 Vosotros, que llorais tanto  
 porque su hogar abandona;  
 cesad! y no su corona  
 empañéis con vuestro llanto.  
 Dejadla que alce su vuelo  
 ornada con régias galas;  
 dejad que tienda sus alas  
 sin tornar la vista al suelo.  
 ¡Aquí flor que desaparece  
 al nacer es la alegría;  
 flor ¡ay! que tras breve día  
 se marchita y desfallece.  
 Allí con nueva existencia  
 y con mas vivos colores,  
 exhala eternos olores,  
 derrama inmortal esencia!  
 Vuestra pena transitoria  
 dulce esperanza destierra,  
 ¡la perdisteis en la tierra  
 para encontrarla en la gloria!

Francisco Diaz Carmona.

## UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

D. Diego se quedó pensativo; creía encontrar algo de extraño en las frases de su hijo, pero no quiso hablar de ello por no alarmar á su esposa, concibiendo, sin embargo, la idea de averiguar toda la verdad.

En cuanto á Adriana, inquieta, impaciente, no tardó en encontrar un pretexto para devanarse y abandonar el comedor, sin que sus padres se fijasen en ello.

La jóven cruzó un corredor estrecho y dos ó tres habitaciones solitarias, y llegó á la biblioteca, separada solo por una puerta vidriera, del cuarto de su hermano.

Con paso rápido y furtivo se dirigió hácia ella, y levantando una punta de la cortina que la cubría, miró con indescriptible ansiedad.

Carlos y Rafael estaban allí, pero ni uno ni otro podían verla porque la biblioteca estaba oscura.

Adriana, por el contrario, les distinguía perfectamente, y podía oír sus menores palabras.

—Yo creo que tienes razon, decia Rafael á su amigo; yo creo que tienes razon, y que nuestro encuentro con ese hombre no ha sido casual, ni casual la querella que ha motivado nuestro duelo.

Adriana se estremeció al oír estas palabras, que eran para ella la revelacion de una desgracia nueva.

—Sin duda algun motivo de odio abriga contra tí, añadió Carlos pensativo.

—Pero ¿cuál puede ser? yo no adivino....

—¿Le has conocido antes de ahora?

—No recuerdo....

—¿Le has hallado en alguna parte?

—Tampoco: le he visto solo cuando hace dos noches mi padre le recibió aquí durante mi ausencia.

—¿Y qué pretexto buscó para venir?

—Uno muy sencillo: el viento y la lluvia que le habian sorprendido á nuestra puerta.

—Hoy cuando le hallamos, tú fuiste el primero en dirigirte á él.

—Su conducta me tenia quejoso y quise pedirle una explicacion.

—Explicacion que se negó á darte, lo cual fué motivo para que le dirigieras algunas frases duras y casi agresivas.

—Tú hubieras hecho lo mismo al encontrarte en mi lugar.

—Sí; pero no es esto lo que me extraña y lo



que me hace pensar que en esto hay algo mas, que yo no me explico.

—¿Qué es, pues? habla.

—Armando pareció vacilar algun tiempo antes de responderte; pero al hacerlo, su designio de que la querella terminase en un duelo, se veia muy claramente: además, cuando tú me comisionaste para arreglar las condiciones de ese desafio, aceptado al fin, —«Dios lo ha querido, me dije; en vano he intentado sustraerme á esta fatalidad que pesa sobre mí; hay una Providencia que hace expiar á los hijos las culpas de los padres, y esto debía suceder: de todos modos, mas quiero castigar como caballero, que vengarme como un criminal. Nuestro duelo, pues, debe ser á muerte.»—En vano quise disuadirle de tal idea, alegando para ello que la ofensa no era grave hasta tal extremo; él no quiso atenderme, y me suplicó que no me opusiera á esta decision porque seria inútil. Ya ves como existe algo de comun entre ese hombre y tú, aunque lo ignores completamente.

—¡Oh, es verdad! algun misterio se encierra aquí: misterio que no comprendo pero que va á serme fatal.

Los dos jóvenes callaron profundamente preocupados.

Adriana escuchaba con afán, mientras que su corazón se oprimía bajo el peso de una agonía infinita.

¡Oh! la pobre niña no queria perder una sola palabra de aquella conversacion.

—Y ¿dices que el sitio designado es....?

—La Cruz del Valle, y la hora al mediar el día.

—Bien: el sitio no puede ser mas siniestro; allí hay una lápida designando una tumba! la de un hombre asesinado hace ya muchos años, al pié de los mismos árboles que dan su sombra á la Cruz.

—Creo recordar.... sí; mi padre ha hablado alguna vez de esto en mi presencia; pero jamás ha querido darme detalles.

—En cuanto á la hora, le agradezco que haya accedido á mis deseos: así me será posible salir sin que mis padres sospechen la verdad; esto seria terrible para ellos.

—Tienes razon.

—Tú te marcharás esta noche como de costumbre, y mañana vendrás por mí con cualquier pretexto; esto será fácil, puesto que todos los días salimos juntos.

—No faltaré; pero si te sucediese una desgracia....

—Mas valdria que un amigo como tú, diese á mis padres y á mi hermana la noticia, que un extraño cualquiera.

—Dices bien; segun eso....

—Yo les escribiré esta noche una carta, y serás el encargado de traerla en caso que....

Un gemido angustioso sonó tras la puerta de la biblioteca en aquel instante; pero ni Carlos ni Rafael pudieron aperebirse de él, en medio de la preocupacion que les dominaba, aunque los dos habian guardado un triste silencio.

Carlos fué el primero en romperle, diciendo con forzada alegría:

—Pero, la verdad es que parecemos dos chiquillos, dos colegiales que van á hacer la primera prueba en el manejo de las armas: ¿á qué preocuparnos con tan tristes ideas? Tú eres diestro y valiente y saldrás bien, te lo aseguro.

—¿Quién sabe! murmuró Rafael moviendo la cabeza; no me falta el valor ni me ha faltado nunca; pero el recuerdo del disgusto que voy á dar á mis padres me preocupa á pesar mio.

En aquel instante llamaron suavemente á la puerta, y un criado apareció en ella para anunciar que la cena estaba servida.

—Vamos, dijo Rafael; vamos, y procuremos estar risueños y tranquilos para no dar qué sospechar.

Y ambos bajaron al comedor, despues de procurar borrar de sus semblantes toda expresion de malestar ó disgusto.

Doña María ocupaba su lugar en la mesa, serena y resignada como siempre.

Don Diego tambien estaba allí; solo Adriana faltaba en su puesto.

—¿Y mi hermana? preguntó Rafael á su madre.

—Hace un instante estaba aquí, contestó la pobre ciega.

—Que vayan á su cuarto y la digan que la esperamos.

—No es necesario, contestó una voz dulce y suave; no es necesario, aquí estoy.

Efectivamente, la joven, muy pálida pero serena al parecer, llegaba á tiempo de oir las palabras de su padre.

La cena empezó.

Rafael y su amigo desempeñaron perfectamente su papel, evitando que los ancianos pudieran por un momento sospechar la desgracia que les amenazaba.

Solo Adriana no pudo llevar á sus labios manjar alguno: á pesar de sus esfuerzos, lágrimas mal contenidas acudían en tropel á sus hermosos ojos, y al servir á su madre, su mano temblaba tan visiblemente, que D. Diego lo notó y la preguntó con cariño:

—¿Qué tienes, Adriana?

—¡Oh! nada, padre mio, contestó la joven so-



breponiéndose: no es nada.

—Sin embargo, estás descolorida; tu voz no es segura y tu mano tiembla.

—No se alarme V., me siento un poco indispuesta; pero repito que no es nada, ello pasará.

—Entonces, vete á recoger, hija mia, se apresuró á decir D.<sup>a</sup> María con maternal solicitud.

—No, esperaré á dejar á V. recogida como otras noches.

—De ningún modo: Ana, tu doncella, me servirá esta noche; vé á acostarte, vé: no estaré tranquila hasta saber que estás en el lecho.

Adriana obedeció, levantándose para salir.

Ya era tiempo, porque el dolor la ahogaba y no podía contenerse mas.

Vacilante y trastornada dejó la habitación, y con paso inseguro se encaminó á su cuarto.

Pero ¡ay! la pobre niña habia sufrido demasidado, y su naturaleza, débil y delicada, cedió al fin al peso de tantas emociones.

Solo un esfuerzo supremo la habia sostenido hasta allí: pero al verse sola, al querer dar salida á sus lágrimas y desahogo á su dolor, sintió que sus piernas se doblaban, que su pecho se oprimia, que faltaba luz á sus ojos, y cayó sin sentido al pié de su lecho, presa de una congoja mortal.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## A MARÍA.

Allá abajo hay un huerto:

rico en vergeles:

allí brillan las rosas

y los claveles;

La yerbabuena,

compite allí en fragancia

con la azucena.

Y al punto que el sol nace

por el Oriente,

blanca nube de esencias

llena el ambiente.

Y en esa nube,

el himno de las flores

al cielo sube.

Oye los dulces ecos

que, en blando giro,

llegan á los breñales

como un suspiro.

Ecos suaves,

no entendidos del hombre

ni de las aves.

«Recibe nuestra ofrenda

casta paloma,

que Dios para servirte

nos da el aroma.

¡Bendita esencia

que así perfuma el vaso

de tu inocencia.

Á cerrar nuestras copas

con áureos broches,

los serafines bajan

todas las noches;

Que en los jardines

tienen lechos de rosas

los serafines.

Luego que asoma el alba

toman el vuelo,

y en alas de záfiro

vuelven al cielo;

Y á su partida,

nos dejan esa esencia

que da la vida.

Y alegres van cantando

por la campaña:

«Perfumad á la Virgen

de la Montaña,

Galanas flores;

que por ella os traemos

tantos olores.»

Y á este cántico alegre

nos despertamos,

y el aroma á raudales

te regalamos.

¡Bendita sea,

la Virgen en quien tanto

Dios se recrea!»

Esto las flores dicen,

y agradecida,

la Virgen sonriendo

las da mas vida:

Que en su mirada,

toman color las flores,

luz la alborada.

(Revista Popular).



## SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Si en el alma de mi esposo hubiera existido un resto de fé, un átomo de religion, de esa santa religion que basta por sí sola á alejar al hombre del crimen y á contenerle en la senda del deber, yo hubiera estado tranquila; porque la idea de Dios, fija allá en lo recondito de su espíritu, hubiese sido una garantía de seguridad para mí; pero ¡ay! ya lo he dicho: Héctor no era solo protestante, Héctor era ateo!

«Extremecida con mis dudas, asustada de mis propios presentimientos, empecé á observarles á los dos, y á procurar penetrar sus ideas y sus proyectos.

«De este modo, y oculta trás la puerta del despacho, llegué á escuchar algunas palabras que confirmaron mis sospechas.

«Wamprey, aquel miserable que habia perdido á mi infeliz esposo, le pintaba las grandes ventajas que hallaria en una union con Miss Alicia cuya fortuna era incalculable, y cuyo nacimiento la ligaba á las primeras casas de la nobleza de Inglaterra.

—«Sin ese maldito casamiento tuyo, decia aquel hombre, hoy podias ser uno de los hombres mas poderosos y mas considerados. Lord Walton es crédulo, y utilizando su buena fé podias unirte á su hija, ó lo que es lo mismo hacerte dueño de sus millones.

—«Te engañas, respondió Héctor; ¿como sería posible que él otorgara la mano de Miss Alicia á un pobre diablo como yo?

—«Bah! eso era lo de menos! replicaba Wamprey; estos ingleses son crédulos y fáciles de envolver: además, él te juzga un personaje de gran influencia aquí en España, y ya buscaríamos el medio de confirmar esta opinion, si tú te decidieras á irte con ellos á Inglaterra. Alicia, yo lo he notado, á pesar de ser tímida y reservada, fija en tí sus ojos con una expresion significativa.

—«Aunque eso sea, respondió lentamente Héctor; aunque eso sea mientras exista Consuelo yo no podria....

«No pude oir más por qué Wamprey habló ya muy bajo, y el terror me hizo huir de aquel sitio, y corrí junto á mi hija, á la cual oprimí contra mi pecho bañándola con mis lágrimas.

«Asustada por ella mas aun que por mí, decidí poner un término á aquella penosa situacion y

«sustraerme del peligro y de la tiranía de Héctor.

«Rosa, la buena criada que habia servido de madrina á mi Elena, fué mi única esperanza en aquellos instantes.

«Consulté con ella y entre ambas combinamos un plan fácil y sencillo para poner un termino á mis temores.

«Rosa tenia libertad de salir y entrar á todas horas, y la dí la mision de buscar un asil seguro donde yo pudiera ocultarme, hasta pensar en lo que debia hacer.

«No tardo en encontrar una pequeña buardilla en uno de los barrios mas retirados, y en una calle bien escusada.

«La tomó en alquiler con un nombre supuesto, diciendo que era para una hermana suya viuda, con una niña recién nacida, que venia á buscar trabajo para vivir.

«Con algun dinero que yo poseia, del que me daba Héctor para mis gastos de tocador, compré los muebles mas precisos y mas pobres, y una noche en que Héctor habia salido con Wamprey, anunciándome que á acaso no volveria hasta el amanecer, pusimos en un cofre mis ropas, las de mi hija, algunas alhajas y algunos objetos de mi uso, y los hizimos trasladar á nuestra buardilla con mi piano, único objeto que queria conservar, y abandonamos aquella casa, donde quedaba mi ventura sepultada para siempre.

«Sobre la mesa del despacho deje escrita y cerrada una carta para Héctor que contenia solo estas palabras. «Á Dios para siempre; ya no me amas, y no quiero ser un objeto de odio para tí: me llevó á mi hija para educarla en mis creencias y para enseñarla á que ruegue á Dios por su padre, sin que tenga que horrorizarse de él. No me busques porque será inútil: he tomado mis precauciones, y no nos volveremos á ver en este mundo; seré para tí una gota de agua perdida en la inmensidad del Océano.»

«Con el nombre de María de la Soledad, penetré en mi nueva morada: ¡ay! aquellas estrechas paredes, aquella pobreza y aquella reclusion en que iba á vivir, me espantaron en un principio.

«Luego, la pobre Rosa me animó, me consoló, ofreciéndome que no se separaria de mí, ni de mi Elena, y esto me dió algun valor, y sobre todo alguna resignacion.

«Se encargó de buscar medios de subsistencia, y en efecto, no tardó en encontrar algunas labores para mí y algun trabajo mas rudo para ella.

«Esta noble mujer se consagró á mi servicio



de un modo lleno de abnegacion y generosidad tal, que endulzó en cuanto pudo el horror de mi situacion.

Como vivia en un barrio apartado y con un nombre supuesto, Héctor no pudo encontrarme, á pesar de los medios que debió emplear para ello.

Yo solo sé que no le volví á ver por entonces, y que mi espíritu empezó á tranquilizarse algo, en medio de la calma y de la soledad en que vivia.

Rosa, la pobre Rosa era mi único apoyo, y el amparo á la par de mi hija.

Ella salia para atender á todas nuestras necesidades, y volvía para servirme y para ocuparse de todo cuanto pudiera hacer menos penosa mi situacion.

En los primeros dias, la venta de algunas alhajas mías, aunque no muy ricas, nos ayudó á soportar los gastos indispensables; luego debíamos subsistir solo del trabajo.

Al decidirme á tomar la desesperada resolucion de huir de casa de mi esposo, no pensé en el porvenir ni por un instante. Solo el presente me preocupaba, y me hacia obrar impulsada por el terror y por la angustia que me cercaba.

Una vez creyéndome segura de cualquier atentado, empecé á medir las consecuencias del paso que habia dado.

En efecto, ¿qué iba yo hacer? cómo justificar mi conducta? cómo vivir siempre oculta y miserablemente, sin la ayuda de nadie, con un nombre que no era el mio, y sin atreverme á salir de mi escondite como una criminal?

Todo esto lo medité á mis solas, y despues de muchas horas de reflexion me decidí por el único partido que á mi parecer me quedaba: por el de revelárselo todo á mi madre.

Nadie me podia amar como ella: nadie podia desear mi tranquilidad como la que me habia dado la vida, y ninguna mas indulgente ni mas bondadosa que ella.

Manifesté mi determinacion á Rosa, y esta la aprobó, ofreciéndose á ir en persona á verla, expiando una ocasion en que se encontrase sola.

Salió de casa con este objeto, y mientras yo, con mi hija en los brazos, pedia á la Virgen que tuviese buen éxito su mision.

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIEDADES.

### LA MEDALLA MILAGROSA.

Cecilia, niña de siete años, que habia asistido á un sermón de mision, recordaba esta frase del predicador: «Creo que puedo asegurar que cuantas personas digan de todo corazon esta corta oracion: ¡Oh, Maria, sin pecado concebida, rogad por nos, que acudimos á Vos, tendrá la dicha de ganar la mision.

De vuelta á su casa, Cecilia, que bien conocia que su padre no era tan buen cristiano como su madre, cogió una medalla milagrosa y se fué, aunque recelosa, junto á su padre y le dijo:

—Mirad, papá, qué medalla me han dado las madres en premio de mi aplicacion, y decidme lo que aquí está escrito.

—¿Pero tú no sabes leer?

—No, señor; no leo bien estas letras tan pequeñitas.

—Pues dice esto: ¡Oh Maria, sin pecado concebida, rogad por nos, que acudimos á Vos!

—Gracias, papá.

Algunos momentos despues, vuelve Cecilia al cuarto de su padre y le dice:

—Querido papá, quisiera que me repitiérais otra vez la oracion de la medalla.

—Vamos, no vengas á fastidiar.

—Si es que quiero grabarla bien en la memoria.

—Pues bien, te daré gusto; dice así... y volvió á repetírsela.

Cecilia se marchó otra vez despues de darle las gracias, no sabiendo cómo habia de hacer para que su padre dijese otra vez la misma jaculatoria.

Pero al poco tiempo vuelve, y su padre al verla, la dice gritando:

—¿Cuando vas á concluir de entrar y salir?

—Es que tengo aun un favor que pedir: queria poner esta oracion en mi libro; tened la bondad de escribirmela bien clara; y repetirme todas las palabras al escribirla, para que las fije bien en la memoria.

El padre cayó en la red, y para librarse de las importunidades de su hija, se puso á escribirla la oracion, pronunciando todas las palabras á medida que iba escribiendo, y al concluir, Cecilia se arrojó á sus brazos diciéndole:

—Padre mio, soy feliz. El padre misionero ha dicho en un sermón que cuantos dijeren esta oracion por tres veces ganarian las gracias concedidas á la mision; vos la habeis dicho por tres veces: por consiguiente, la habeis ganado.

El padre, conmovido hasta el punto de llorar, nada le replicó; pero empezó á meditar seriamente y con la ayuda de la gracia de Dios, el día último de la mision se acercó á la sagrada mesa en compania de su mujer, y del ángel que con su inocencia le habia conducido al camino del bien.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,

calle Alta del Campillo.